

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:

RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:

TODOS LOS SUSCRIPTORES

NÚM. 577.

MURCIA 19 DE MAYO DE 1901.

La Juventud Literaria

HISTORIETA

Enrique, en virtud del amor que profesaba á Margarita, sintió aspiraciones que consideró realizables, aprovechando el esclarecido talento de que era poseedor. En su consecuencia marchó de la aldea que le vió nacer, no sin antes prometer so'ennemente á Margarita en tierna despedida, casarse con ella en cuanto lograra sus propósitos.

Eligió la carrera de medicina, y una vez que la terminó con suma brillantez, conocedor de los últimos descubrimientos y grandes innovaciones en cuyos ensayos había obtenido legítimos triunfos, nada más justo que regresar al lado de Margarita, de la mujer encantadora más amada cada día, que estaria esperándole ansiosa de cariño.

Un mes hacia que Enrique carecia de noticias suyas, y no sabia á que atribuirlo. Tenia confianza en su cariño, y por tanto no podia ni aun suponer la existencia de un rival más afortunado. ¿Qué pensar pues de tal silencio? Lúgubros ideas, siniestros pensamientos le hicieron más de una vez sonrojarse y palidecer. En semejante situacion, el regreso se imponia. Además, á Margarita habia prometido hacerla suya en cuanto adquiriera posicion social encumbrada, y como amante y caballero debia cumplir la promesa.

Con la imaginacion remozada ante la presencia del árbol que vió nacer; del paseo que frecuentó; de la fuente de que gustaba beber, y en fin, de todo aquello que en su infancia le acompañó, llegó á la al-

dea ávido de ver á la mujer que cuando niña fué su única amiga, y al ser hombre la que gozó de su predileccion amándole con locura.

Con el corazon henchido de gozo caminaba presuroso en busca de la que iba á hacer su esposa. ¡Qué largos son los minutos, qué pesado el tiempo cuando después de una larga ausencia se vá á ver á un ser querido!

Enrique no andaba, corria en direccion á la casa en que sostuvo el tierno coloquio y oyó la amorosa queja. Sus fuerzas sostenidas y aumentadas por ardiente cariño le hacian caminar más deprisa. Ya alcanzaba su vista la silueta de la casa; unos minutos más y estrechaba la mano de Margarita.

Cuando llegó al piso en que habitaba Margarita, la puerta se hallaba entornada, la empujó y entró sin ser visto, dirigiéndose á un gabinete en el que reinaba silencio profundo. Este gabinete alumbrado por una luz muy débil, tenia comunicacion con una alcoba en cuyo fondo se destacaba un lecho que ocupaba Margarita. Una hermana de la caridad la acompañaba. La conversacion que afablemente sostenian, fué interrumpida por la brusca entrada de Enrique, que pensando con pesimismo habia salvado con asombrosa rapidez todas las distancias. Al acercarse al lecho, cayó de rodillas dirigiendo una mirada mezcla de asombro y ternura á Margarita, que con rostro pálido y triste mirada al reconocerle le alargó sus manos exclamando con débil pero entusiasta acento: ¡mi Enrique! y efecto de la fuerte impresion recibida, se desmayó.

La escena que siguió al desvanecimiento de Margarita, fué interesante y conmovedora. Afectadísimo Enrique por el inesperado y desagradable suceso que á su llegada tu-

vo lugar, precisamente cuando esperaba la realizacion de su ideal, digna coronación á sus afanes y desvelos, contempló en un principio con desesperacion y dolor á Margarita, mas respuesto desuís, acudió á ella con tal solicitud, que se notó en la enferma una reacción favorable, tanto, que no tardó en iniciarse una mejoría que aunque obró lentamente fué tan visible como notable, conduciendo á la enferma á estado de perfecta salud.

En el presente caso no solo honró sus profundos conocimientos que le enaltecieron una vez mas, si no que satisfizo á su cariño que halagado por éxito franco se sintió orgulloso.

Casados ya, Margarita notó bien pronto que el placer de que se disfrutaba al dispensar una caricia, tiene por complemento esencial, el recibimiento y la correspondencia que á la caricia se le otorga.

El recibimiento y la correspondencia que Margarita obtuvo en sus caricias, fué poco á poco siendo frio y obligado, y esto mortificaba cruelmente su amante corazón, que henchido de ternura apetecia atenciones y halagos, que Enrique se cuidaba muy poco en prodigar, merced á las lubricaciones científicas á que se entregaba con entusiasmo creciente y que le tenian totalmente absorbido.

Llegó un día en que Enrique hizo una operación difícil y arriesgada que tuvo un término feliz.

Los compañeros y los hombres de ciencia alababan la habilidad del cirujano estudioso, que fué considerado como una gloria nacional.

Cuando llegó á su casa satisfecho y profundamente conmovido por tanto homenaje y pláceme recibidos, Margarita se arrojó llorando en sus brazos:

—Lloras de alegría ¿verdad?

—No Enrique mio, de sentimiento, porque tengo envidia, mucha envidia de la ciencia.

Y este grito del alma, halló eco en el corazón de Enrique, que desde aquel día acarició mas á su mujer que á la ciencia.

EMILIO BELMAR.



BAJO LA PARRA

«Dime que me quieres
que yo me lo crea,
morena del alma: dime que me quieres
aunque no me quieras.

Así dijo el mozo
destilando penas,
con los ojos tristes, con la voz de llanto
con la boca seca.

Y el amargo dejo
de la copla aquella,
turbó la algazara, reinó en el silencio
de la alegre fiesta.

Las risas se ahogaron:
¡se impuso la pena!...
Solo la guitarra comenzó la copla,
con una «falseta».

De amores y olvido
surgió la pelea:
la lira fué al patio que cubre la parra
de fruto repleta.

Ligeros murmullos
ahogaron la tierna
voz de la guitarra que siguió la lucha,
con gratas cadencias.

Y aceptando el reto
cantó la morena,
aon la vista roja, con la voz de rabia,
con el alma negra.

«Antes de quererte.
me habrás de ver muerta;
si yo no me mato, será que me muero
de tanta vergüenza.

La lucha fué á muerte.
la herida... ¡qué intensa!
Hasta la guitarra crugió protestando;
¡saltaron las cuerdas!

Y en medio del corro
sin orden la fiesta,
la voz del amante lloró la perfidia,
con honda tristeza.

